

Eduardo Arroyo celebra sus bodas de oro poéticas

Presentación de su antología *Celebración del Tiempo*

WINSTON ORRILLO

Universidad

Eduardo Arroyo, sociólogo de profesión y actual Decano del Colegio de Sociólogos del Perú, Región Lima-Callao; catedrático universitario hace 41 años en la Universidad Ricardo Palma y la Universidad Nacional Federico Villarreal; Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Magister en Sociología y Doctor en Ciencia Política y Relaciones Internacionales, es un analista de la situación nacional como mundial, ensayista, narrador, poeta, periodista y promotor cultural.

Dirigió la revista política y cultural “Los caminos del laberinto” (1985-1990) y ha publicado los libros “La hacienda costeña en el Perú” (1981), “El Centro de Lima: uso social del espacio” (1994), “Lima: de ciudad-jardín a gran feria andina” (2000); los libros de narrativa “Barrio de mi ilusión” (1997), “Historias de perros” (2014) y “La mentada de madre” (2014) así como los poemarios “Ante la vida” (1987), “Entre bosques” (1998), “Jardín de ensueños” (2004), “Galope de Parcas” (2011). Ha dictado conferencias en Buenos Aires (2009), El Chaco-Resistencia (Argentina, 2009), La Habana (2010), Rabat (Marruecos, 2011), Recife (Brasil, 2011), Los Ángeles (2012), Santiago de Chile (2013), New York (2015).

Nacido en la Provincia Constitucional del Callao en 1948, escribe unos versos caracterizados por un lenguaje sencillo y el tono cotidiano de quien camina ante la vida sediento de existencia. Su poesía trasunta pulsaciones ligadas a la significación de la vida “Con el pecho abierto/y el corazón en las manos” admirado que ese allegamiento interno esté “rodeado de tanto misterio y tanta belleza”.

Desde 1965 en que canta en BÚSQUEDA:

“Vivir intensamente
descubriendo los parajes de la existencia
tras el misterio.
Fuerza del universo
que vibra en el pecho
y cual terrible ansiedad
el alma presente.
Nos parece adivinarla,
casi atraparla
pero huye fugaz.
Sólo poseyéndola
encontrarás cara a cara
la aventura.

O “Ante la vida” e “Himno a la vida», dedicados a la brava generación poética del setenta.

Con su obra, Eduardo Arroyo ha escrito uno de los mejores capítulos de la aventura intelectual de nuestro tiempo.

Eduardo Arroyo celebra y exorciza al tiempo

“Callejas viejas,
testigos impasibles
por las que vagan nuestros espectros...”
EDUARDO ARROYO

Celebración del tiempo (1965-2015), Poesía, Colección Péndulo de Arena, de Ediciones Vicio Perpetuo, Vicio Perfecto, es la nueva colección en que se agrupa la obra incoercible (nada menos que medio siglo) de quien no solo trabaja el verso, sino que ejerce el periodismo ensayístico y, a la vez, como infatigable animador cultural, tiene varios, múltiples despachos semanales. Nacido en el Callao, en 1948 nuestro autor es sociólogo por San Marcos, Magíster en Sociología por la PUCP, y Doctor en Ciencia Política y Relaciones Internacionales por la Universidad Ricardo Palma (2012). No voy a citar, in extenso, su currículum que comprende varios doctorados honorarios y una suma de viajes (La Habana, Los Ángeles, Recife, Buenos Aires y Resistencia. Santiago de Chile), para el dictado de conferencias y cursillos.

Prefiero dedicarme al intento de exégesis de su poemario actual que –no vacilo en escribirlo– es una suerte de summa de la variada, multiforme, temática que él viene abordando, desde la fundamental mirada lírica, el ahondamiento en el substrátum filosófico (que, según Heidegger), se halla en toda poesía relevante (qué es poetizar sino un intento de aproximarnos a lo cardinal de la vida.)

De este modo, una primera característica que emerge en este poemario, junto con la efectiva “celebración” del tiempo, es su propio exorcismo, pues ya un filósofo expresó que el hombre es “un ser en el tiempo”, y todo lo que en la vida acaece esta signado por su presencia permanente, inquietante. De este modo, el vasto, inabarcable horizonte que discurre en las poco menos de cien páginas del volumen, comprende la continua búsqueda de los momentos especiales, que se suceden en la tierra, en el mar, en los bosques, en las ciudades, en el presente y en el futuro; en medio de la via crucis que significa existir y la lucha porque, entre nuestros dedos, como la arena o arenilla, no se nos vaya, precisamente, el tiempo, y no lo hayamos aprehendido y/o percibido cabalmente.

El poeta, en textos largos y cortos –se revela, por otra parte, como un maestro en el hai-ku, que se halla tan de moda (especialmente tras la publicación de una antología mundial, en nuestro Perú, de este tipo de versos de origen nipón, florilegio publicado recientemente por el inteligente poeta y estudioso del verso, Gran Señor de Tayacaja: Carlos Zúñiga Segura).

En el libro, a cuya exégesis nos aproximamos, hay desgarramiento humano (habla del Gólgota), pesares múltiples, viaje a los orígenes, intento de aprehender el infinito (en un poema que generosamente nos dedica y que, además, es una suerte de oda a la esperanza: el volumen es, y hay que decirlo de una vez, una suerte de epifanía, un canto de alabanza a la existencia,

no obstante ser perfectamente lúcido en cuanto a todas sus anfractuosidades, a las “caídas tristes de los Cristos del alma).

Hay, pues, de todo en el volumen, y ya ha llegado la hora de decir que, en esto, tiene mucho que ver lo que podríamos llamar su “profesión civil”: Eduardo Arroyo es sociólogo, y algunos de sus textos más reconocidos son, precisamente, los dedicados a la exégesis de las contradicciones sociales, de las que se halla ahíta la presente realidad del abominable neoliberalismo, cuyo fin último parece ser la extinción del universo humano.

No obstante ello, en su libro hay una altísima cuota de lirismo, que se transparenta en las sinfonías de los pájaros: ruiseñores, jilgueros, colibríes, cuculíes tórtolas; así como parte de la férvida naturaleza: abedules, alhelíes, cipreses, praderas medio mágicas.

Mas también, por cierto, el universo humano: la familia –entrañable poema a su progenitora– a sus vástagos y a su compañera y musa indeleble: Débora Zambrano, en medio del silencio azul y las lomas líricas, mientras adviene la serenidad de la tarde amarilla...

Eduardo, asimismo, como que blande la paleta de pintor verbal, al describirnos, con preciosa enjundia, una tempestad, en medio de la cual se abre camino la voz de una flauta, a la que hacen coro el aullido de los lobos y diversas fieras.

El tiempo, siempre el tiempo: la tarde del domingo con el zureo de las palomas, haciéndole morder su soledad; mientras adviene la noche, en medio de los estertores del día, con “sus nubes claras que

huyen en desbandada/ atropelladas por su aliento oscuro”

Un anochecer es motivo para un haiku delicioso, mas trascendentes: “Estrellas/ árboles,/ tus ojos/ y un silencio de muerte”. Y en Despertar, arribamos a otro texto de la misma clase y categoría: “Volver del sueño/ rodeado de montes y nubes/ y respirar entre las ramas”.

Hay un poema dedicado a Jorge Pimentel. Su título: “Himno a la vida”... En realidad, TODO el libro es un himno a la vida, la celebración y exorcismo del tiempo humano y el culto a la justicia, a la democracia, y el voto incoercible por la salvación de la especie humana.

Eduardo –lo hemos conversado– piensa que no se debe hablar de la Generación del 60, pues deviene artificial esto de dividir a los grupos intelectuales por décadas. Y él, verbi gratia, se inclina por llamar, a la suya, la Generación del 68, en alusión, sin duda ninguna, al Mayo del 68 francés. Nosotros preferimos denominar, a la nuestra, Generación del 60, en alusión a la integérrima y victoriosa Revolución Cubana, que triunfara, al hacer huir, el 1 de enero de 1959, con el rabo entre las piernas, al tirano Batista y a toda su cohorte de crápulas, asesinos profesionales, sicarios, torturadores y demás especímenes

Pero nuestro autor dedica encendidos versos “A la brava muchachada del 68”, de la que él mismo forma parte. Y, en ello, sirve –le sirve, nos sirve– su profesión de sociólogo pues nos permitirá aprehender las vicisitudes de un grupo humano en pleno trance de producción y combate.